

Un liberal frente a Horacio: Justo Sierra (1848-1912)

TARSICIO HERRERA ZAPIÉN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

El vate de Venusia podría parecer sólo una presencia ocasional en la obra de Justo Sierra Méndez, por lo que se lee en el *Horacio en México* (Méndez Plancarte 312). Don Gabriel sólo encuentra tres menciones horacianas en Sierra. Una de ellas consistió en transcribir como epígrafe de su epístola "Al autor de *Murmurios de la selva*" un pasaje de la Oda I, 24, vv. 13 a 15:

*Quod si Treicio blandius Orpheo
auditam moderere arboribus fidem,
non vanae redeat sanguis imagini.*

La segunda referencia es el verso "De la estrofa de Horacio la armonía" de la misma *Epístola* de Sierra.

Pero, de pronto, oímos una llamada de atención en la tercera cita que de Horacio en Justo Sierra da don Gabriel: en su *Manual escolar de historia general*, Sierra coloca a Horacio entre los astros que formaron "como una constelación en derredor del trono de Augusto". Y el poeta funcionario, para terminar, define a Horacio como el lírico "en quien se aliaron en inverosímil consorcio el sentimiento, la razón y el arte".

Me quedé cavilando, al leer esto, que un escritor que concibe tan brillante definición de Horacio, sin duda lo ha conocido muy de cerca. Y decidí buscar, en los catorce tomos de las obras completas del maestro de Campeche, nuevas evidencias

de tal conocimiento. Como era de esperarse, la pesca no sólo fue abundante, sino sustanciosa.

Horacio, huésped de Justo

En la *Historia de la antigüedad* de Justo Sierra (*Obras* 10) hemos descubierto que éste se interesa tanto en la importancia estética de Horacio como en su posición histórica en la era de Augusto. Al hablar de la relación entre la cultura griega y la romana, don Justo escribe: "Cuanto se diga sobre este asunto tiene que ser complementario del célebre verso de Horacio: *Graecia capta ferum victorem cepit*" (*Obras* 10: 383). Presenta a continuación dos ligeras referencias a la vida del poeta de Venusia: "Bruto ha atraído a sus banderas a los jóvenes romanos que estudiaban en Atenas, Horacio entre ellos" (*Obras* 10: 433). Y en la misma página, al tratar sobre los licenciamientos de veteranos de guerra del ejército de Octavio en el 42 A. C., el autor menciona a varios poetas "privados de bienes patrimoniales: Horacio, Virgilio, Tibulo y Propercio".

Mas de pronto nos topamos con una nueva valoración espléndida de Justo Sierra sobre los mayores poetas de Roma:

Horacio y Virgilio, las más altas encarnaciones del espíritu griego en las razas latinas. Virgilio, el mayor poeta que ha producido la humanidad. Horacio, guardando en sus versos, como en urnas de exquisita forma, el secreto, perdido quizá después de él, de unir la gracia a la fuerza (*Historia de la antigüedad* 445).

Un orador con alma de poeta que ha expresado este par de sólidas sentencias en torno a Horacio es por ello mismo uno de sus mejores amigos en nuestras latitudes. Decir que Horacio tenía el secreto de unir la gracia a la fuerza es una intuición tan brillante de Sierra como la que él mismo tuvo al decir que en el Venusino se aliaron en inverosímil consorcio el sentimiento, la razón y el arte.

El tomo 3 de sus *Obras completas*, titulado *Crítica y artículos literarios*, nos reserva bellos tributos de Sierra, no sólo para

Horacio, sino también para Virgilio, poeta que acaso acapara una mayor atención del orador que el propio Horacio.

Y, con menor frecuencia que la de los citados Dióscuros latinos, encontramos también en Sierra homenajes para Lucrecio y para Juvenal entre los romanos; para Homero y Hesíodo, para Esquilo y Píndaro entre los griegos. Al respecto, una nota curiosa: Justo Sierra compara con Píndaro a los más disímolos escritores: a Horacio (3: 183); a Fernando de Herrera (3: 229) y a Guillermo Prieto (3: 370).

El interés de Sierra por los mayores clásicos —el cual reaparecerá docenas de veces en sus incontables discursos, artículos, tratados y cartas— queda resumido en una página que es fruto de las lecturas en francés (como confesó sinceramente en carta a Unamuno) de sus amados poetas griegos:

La historia de los poetas es la de los grandes pasos de la humanidad. Los cantos de Hesíodo inician al hombre en los gozes sagrados del trabajo; Homero les hace amar la lucha [...] y amar la gloria, brillante ilusión de ultratumba [...]. Esquilo, ese condensador supremo de todos los dolores y de todas las esperanzas [...].

Lucrecio, el melancólico hijo de Epicuro que escribió en el Olimpo la palabra 'mentira' [...] a quien heimos oído llamar el primer cristiano [...]. Debía mezclarse un dolor, un latigazo. Ese latigazo se llamó Juvenal, el castigo hecho hombre (*Los poetas*, [*Obras*] 3: 55-56).

En el ensayo lírico de don Justo que vamos extractando, Horacio aparece en lugar de honor: "La creación típica de Orfeo, el intérprete de los cielos, como lo llama Horacio". Es ésta una referencia al *Arte poética*, en donde Orfeo es denominado *sacer intérpresque deorum* (v. 391: "Sagrado, y de dioses intérprete").

En otro lugar, la proliferación de citas horacianas en todas las literaturas occidentales hace que el aprecio de Sierra hacia Horacio disminuya. En una cita referente a cierto crítico (Simón D. García), don Justo anota, en una actitud precursora de la de Alfonso Reyes:

Hagamos a un lado la ocurrencia de hacerse pasar por un humilde labriego para citar luego a Horacio y a Uhland; inofensivo maquiavelismo [...] por vicio y por trivial relegado al museo de los *recursos literarios oxidados* (3: 99).

El despego de Sierra se prolonga a esta otra censura, que afecta por igual a Horacio y a Virgilio, en el ensayo que vamos citando: "Cantad la historia política [...] sin cuidaros de imitar [...] ni la cobardía franca de Horacio, ni la servil dulzura de Virgilio" (3: 104).

Dos caras de una misma estrofa

Pero pronto vuelve a elevarse la posición de Horacio en el aprecio de Justo Sierra. Cuando el poeta vasco Antonio Trueba baja su lira desde el idilio hasta la discordia civil, el de Campeche lo comenta con el verso de Horacio: "*Damnosa quid non imminuit dies?*" Y él mismo lo traduce en nota, con un endecasílabo del mismo ritmo que tiene en su estrofa alcaica original: "¿Qué es lo que el tiempo destructor no altera?"

Tras mucho bucear en *Odas y Sátiras*, encontré el endecasílabo en cuestión dentro de la Oda III, 6, *Delicta maiorum*, oda que he titulado 'Romanas de ayer y de hoy'. Como es natural, el maestro Sierra hace suyo el dicho de Horacio de que el paso del tiempo suele atenuar los valores y debilitar las virtudes. Este texto sobre un libro de Antonio Trueba se publicó en 1873 (3: 155 ss.). Es curioso que esa misma estrofa, que sirvió primero a Justo Sierra para sostener la decadencia progresiva de las costumbres, le sirva siete años después, en 1880, justamente para manifestarse en desacuerdo con Horacio y censurar como injusto "el odio al pasado, llaga secreta de los partidos revolucionarios, fuente de intolerancia y error". Esto asienta en carta a Ignacio M. Altamirano en 1880 (14: 64-65).

A renglón seguido, Sierra da su versión en prosa de los tres versos finales de la misma oda *Delicta maiorum*, versos que después transcribe en su propio original latino. No vamos a censurar a Sierra el que en su crónica de Antonio Trueba esté de

acuerdo con una estrofa de Horacio y siete años después ya disienta de ella en carta a Altamirano. El funcionario tiene esa variación ante Horacio porque en la crónica hablaba en sentido general y en la carta está tratando en particular el caso de los liberales mexicanos que trazaron el Plan de Ayutla y toda la Reforma. Sólo añadiré que Justo Sierra traduce la estrofa horaciana en sentido divergente al que tiene en el autor. Porque Horacio decía:

La edad de padres, peor que los abuelos,
 más torpes nos hizo, y muy pronto
 vamos a dar prole más viciosa.

Allí, el poeta romano señala una degradación en tres etapas progresivas: de nuestros abuelos a nuestros padres, de éstos a nosotros, y de nosotros a nuestros hijos. En cambio, la interpretación de don Justo, muy ingeniosa por cierto, hace un personal corte en esa serie: "El odio al pasado —continúa Sierra— les ha hecho suponer que sus padres fueron malos, que sus hijos son peores; y buenos y sinceros y sabios sólo ellos". Y Sierra concluye el tema diciendo a su guía Altamirano: "No, maestro, usted sabe bien que la verdad está en contradicción con el

*Aetas parentum, peior avis, tulit
 nos nequiores, mox daturos
 progeniem vitiosiore,*

de Horacio". Según esta carta de Sierra, "la verdad" debe entenderse sólo con respecto a la Reforma, movimiento que tiene suficiente fuerza para volver a Sierra censor ocasional de su admirado Horacio.

Porque don Justo recuerda a Horacio con cualquier ocasión. Así, cuando está describiendo la pintura de una cabeza que se atribuye a Velázquez, ve en ella "el rayo de luz del genio, el *nescio quid divinum*" (3: 162). Esta frase me parece una cita aproximativa del hexámetro de Horacio: "*Ingenium cui sit, cui mens divinius...*" ("A quien tuviere ingenio, a quien mente asaz divina..." *Sátira I*, 4, v. 43).

Horacio en tumbas francesas

La siguiente ocasión de citar a Horacio le viene a Sierra cuando, al elogiar al recién fallecido arqueólogo francés Charles E. Beulé, censura las terribles pasiones de la guerra franco-prusiana de 1870. El maestro anota: "Pero en este tiempo, ¿a quién podría aplicarse el *Beatus ille* de Horacio?" (3: 172). Esta misma oda reaparece tres páginas después, aplicada ahora al escritor y parlamentario también francés Charles Lucas, quien en vísperas de su muerte vivía alejado ya de las tormentas políticas. Sierra elogia esa posición de Lucas: "Este modo de comprender la famosa oda de Horacio es el único digno del hombre; alejarse de los negocios, no para buscar la felicidad [...], sino para meditar mejor" (3: 175).

De pronto, la muerte de un tercer escritor francés invita a Justo Sierra, no sólo a anotar una pasajera alusión horaciana, sino a identificar humorísticamente al prosista francés con el poeta romano. El prosista es Jules Janin (1804-1874). Así empieza Sierra su crónica:

Nació en Venusia, en diciembre del año 680 de Roma, antes de J. C. Hijo de un liberto [...]. Perdónesenos esta equivocación; íbamos a hacer la biografía de Horacio. Julio Janin, sin embargo, era un folletinista, [...] ¿cómo compararlo con el Píndaro latino? (3: 183).

Queda extrañado el lector. ¿De dónde le vino a Sierra la idea de comparar al folletinista Janin con el poeta de la gracia unida a la fuerza? Sierra se explica a continuación:

Leed su grande, su inmortal obra *Literatura dramática* [...]. Todo lo encontraréis en esas páginas escritas en latín puro, en el armónico idioma del Lacio, que por ser hoy desconocido, amoldaba Julio Janin a la flexible lengua francesa.

Y don Justo sigue elogiando en Janin "esa voz musical como el murmullo de una fuente, en cuyo húmedo fondo azul ríen las ninfas". Sierra encuentra en el fondo de las aguas cristalinas de la prosa de Janin el dolor de su siglo XIX. A ello atribuye "esa eterna peregrinación a la antigüedad [...]" en que hasta el

miserable Marcial era digno de la inmortalidad, en que hasta la infame Lidia era digna de una estatua, más aún, de una oda de Horacio.”

Digamos muy de paso que Marcial no es inmortal por haber sido pedigüeño, sino a pesar de haberlo sido, y vayamos a la página final del *Non omnis moriar* que ha entonado Sierra ante la tumba de Jules Janin, “el último epicúreo”, en cuyas páginas encontraba Francia la sonrisa perdida en plena desgracia posbélica, en aquel 1874: “¿Quién le hará (a Francia) volver la frente surcada por el dolor [...] hacia el tiempo en que la flauta tibicina confundía sus arrullos amorosos con el suspiro de la cascada entre las limpias rocas...?” Bella alusión de Sierra al *O fons Bandusiae* es esta última frase, que evoca el pasaje *Saxis unde loquaces / lymphae desiliunt tuae*.¹

Y todavía continúa la referencia horaciana:

Pero tú, Horacio, tu dulce filosofía se ha ido para siempre. Descansas en cambio entre tus flores de Tíbur, durmiendo el apacible sueño que causa la ausencia perpetua del sufrimiento; harán las abejas su dulce labor sobre el mármol de tu sepulcro.

Así cierra don Justo su horaciano homenaje a Jules Janin con dos referencias al Venusino: una habla del Tíbur (Oda 1, 7, vv. 1, 18, etc.); otra se remite a las abejas con que Horacio mismo se comparó en un elogio a Píndaro, en IV, 2, v. 27.

Quodlibeto horaciano

Variadas referencias a Horacio continúan sucediéndose en el tomo 3 (*Crítica y artículos literarios*) de Justo Sierra. Primero es la leve sonrisa con que don Justo contesta al padre Tirso Rafael Córdoba, que censuraba los versos del orador de Campeche por embrollados. Y Sierra le contesta: “Del tono y las

¹ Eso sí: la “flauta tibicina” es un parpadeo de don Justo, pues *tibicina* es en latín la flautista, *illa quae tibia canit*, y no puede hablarse en latín de una flauta “que toca la flauta”. Quizá Sierra habrá pensado en la “flauta berecintia” o corno berencintio, *Berecynthium cornu*.

tendencias de la cartilla [...] infiero que es usted un alma devota que vierte, indignado, al castellano, preceptos del Venusino" (3: 248). Se refería, naturalmente, al *Arte poética*.

En otra crónica, la de un viaje de prueba de las flamantes líneas de ferrocarril de México a Toluca (corrían los años de 1882), el autor se queja de que les sirven en el tren un pan que "nos recordaba el *panis lapidosus* que encontró Horacio en Canosa" (3: 329). Aquí, a su vez, se refiere al viaje de Brindis, Sátira 1,5, donde el *panis lapidosus* está en los versos 89 y 91.

Los preceptos del Venusino

Apenas aborda la teoría literaria, un crítico con formación clásica se acuerda del *Arte poética* de Horacio. Pero Justo Sierra se acuerda incluso de la primera *Epístola* y escribe a propósito de un drama egipcio de José Echegaray:

Como se ve, es una empresa difícilísima hacer una tragedia histórica en nuestro tiempo: *Quid verum...? Curo et rogo, et omnis in hoc sum* ("¿Qué es veraz?...Busco y pregunto, y estoy todo en ello"). He aquí lo que los poetas modernos deben decirse con Horacio y pegarse a este régimen de conducta por tal manera, que ni uno solo de sus versos, de sus caracteres, de sus escenas, se aparte de él.

Por lo demás, fue un curioso debate periodístico aquel en que Gutiérrez Nájera sostenía en 1884 que "no había un solo poeta en la Academia Mexicana". Sierra le replicaba que, aunque no fueran grandes inspirados ni Montes de Oca, ni Roa Bárcenas, ni Vigil, ni Segura, sí era un gran lírico el académico hispano residente en México don Casimiro del Collado (1822-1898).

Por otra parte, continúa don Justo, "¿Hay uno solo que pueda llamarse poeta entre nosotros, en la plenitud de la expresión? [...]. ¿Cuál es nuestro Núñez de Arce?" Si Gutiérrez Nájera dice que lo es Guillermo Prieto, se lo refuta Sierra con una estrofa latina de Horacio: "De la musa de Prieto, que sube al cielo con las alas del arcángel y baja con las del amor a la taberna y la callejuela, se puede decir lo que Horacio de un antecesor de Prieto:

*Monte decurrens velut amnis, imbres
quem super notas aluere ripas,
feruet immensusque ruit profundo
Pindarus ore*²

Y Justo Sierra concluye el tema: "Estas 'riberas conocidas' son las reglas de la retórica y gramática sobre que Prieto desborda. De esto lo absolvemos usted, yo [...]. ¡Pero la Academia! [...]. Ella es la ley; Prieto, la libertad" (3: 370 y ss.). Curiosamente, Sierra concluye este artículo en defensa de la Academia, comentando que el nombramiento de académico lo honraría, pero no le gustaría. "Ni lo merezco ni lo deseo; y [...] puedo agregar: ni lo necesito". Empero, tres años después fue nombrado académico, y de 1910 a 1912 fue director de la institución.

Cuando Sierra prologa el libro inicial, *Versos*, de su querido colaborador Luis G. Urbina (3: 392 ss.), quien le dedicará agradecido prácticamente todos sus poemarios,³ se disculpa de no manejar teorías estéticas traducidas del alemán por conducto del francés. Sierra prefiere remontarse al *Arte* horaciana: "¿Cómo comunica un poeta el placer de lo bello? Sintiénolo primero; el eterno *Si vis me flere*". Sierra no da la traducción, ni el nombre de Horacio. Ambos datos los supone conocidos del lector de 1890, cosa que hoy en día, un siglo después, ya sería mucho suponer.⁴

Varias páginas después, don Justo cita otra expresión latina de la misma página horaciana: "Urbina, en esas frases suaves y

²Oda IV, 2. En la nota respectiva —no se dice allí si del autor o del editor— leemos la versión de Pagaza: "Como el riachuelo que del monte baja y que la lluvia al acrecer desborda / sobre la orilla y en su cauce rueda, / Píndaro hierve".

³Varios álbumes líricos dedicará Urbina a Sierra aún después de 1912, año en que muere don Justo: *Lámparas en agonía* (1914), *Glosario de la vida vulgar* (1916), *El corazón juglar* (1920), *Los últimos pájaros* (1924) y *El cancionero de la noche serena* (1941).

⁴Horacio aconsejó: *Si vis me flere dolendum est / primum ipsi tibi*. "Si quieres que yo lllore, debes / primero dolerte tú mismo" (*Arte poética*, vv. 102-103).

acariciadoras que se conforman tan bien al consejo de Horacio. *Dulcia sunt*".⁵

La leve divergencia de Justo Sierra con Gutiérrez Nájera que hemos mencionado a propósito de la Academia Mexicana, no le impide a Sierra un amplio *Prólogo a las poesías de M.G.N.*, a quien denomina "nuestro amigo". Allí califica de "divinas melodías" su *Pax animae* y su *Non omnis moriar*, el horaciano poema conclusivo de las *Odas breves* de Manuel. De él escribe Justo Sierra: "Hasta los trinos de infinita suavidad del *Non omnis moriar*, todo deja ver esa irradiación particular de las personalidades del poeta" (3: 412-413).

La última cita horaciana del tomo 3 de Justo Sierra está bastante diluida: "La política entre las flores me recuerda un verso de Horacio, que en esta instancia se me olvida (acaso porque lo ignoraba),⁶ y que en substancia dice que a veces brota el áspid del capullo de una flor" (3: 463). Yo no he leído eso en Horacio. Debe de ser sólo una aproximación. Una de dos: o se trata del verso 52 del Épodo 16: *Nec intumescit alta viperis humus* ("Ni se hincha alta la tierra con las víboras"); o bien es el conocido inciso de las *Bucólicas* virgilianas (III : 93): *Latet anguis in herba*.

Un venusino viajero

En el tomo sexto de Justo Sierra (*Viajes*) surgen pocas citas horacianas, pero algunas son muy bellas. Una de ellas dice: "En Cannes [...], a través de los cipreses negros, se veía el mar azul [...], una estrofa de ese Horacio que en su salón elegante nos ha presentado Casasús a los mexicanos" (6: 204). Don Justo se refiere, naturalmente, a *Algunas Odas de Q. Horacio Flaco*, México, 1899, donde el sólido economista Joaquín D.

⁵ El hexámetro completo dice: *Non satis est pulchra esse poemata, dulcia sunt* (v. 99): "No es bastante el ser bellos los poemas, dulces que sean".

⁶ Este paréntesis de Justo Sierra demuestra la madurez de su autocrítica y pone a prueba a los investigadores.

Casasús publica sus tersas versiones para sesenta de las odas de Horacio. Del mismo tono lírico es esta otra cita de Sierra: "Después de almorzar a la italiana, con sabrosísimos quesos y exquisitos vinos de oros y rubíes, que olían a recuerdos de Horacio..." (6: 265). Y he aquí una humorística referencia del mexicano al romano:

Estos *yankees* se pegan unos gustos capaces de hacer estremecer de envidia, en sus tumbas académicas, a todos los puercos de la piara de Epicuro de Grecia y Roma, entre quienes descollaba el poeta favorito de los antiguos magistrados de las antiguas supremas cortes de justicia, el Venusino, como se le llamaba siempre al gotoso y divino Horacio (6: 81).⁷

Ya en Europa, cuando Justo Sierra, el filósofo que se autodenomina librepensador y protestante, se ve en Roma frente a la tumba de San Pedro, acaba por bajar todas sus defensas y declara entusiasmado: "Este sepulcro está hecho con la fe de los siglos y los pueblos aquí objetivada. Sí, es ése el sepulcro de San Pedro, hecho con algo más duradero que la piedra y el metal" (6: 277). Espléndida referencia a la Oda III, 30 de Horacio: *Exegi monumentum aere perennius*, cuyos versos iniciales cantan:

Concluí un monumento más perenne
que el bronce, y alto más que vejez regia de
pirámides...

Es así como Justo Sierra ha asimilado las lecciones de Horacio. Éste declaraba más duradera que el bronce y las pirámides su propia poesía; Sierra, a su vez, declara que también la fe de los pueblos es "algo más duradero que la piedra y el metal".

⁷La epístola 1,4 de Horacio concluye con una broma que le ha costado cara al poeta a todo lo largo de la historia literaria: "Visítame [...] como a puerco de la grey de Epicuro".

El mármol del latín

A través de todo este sondeo horaciano me ha complacido el ver que Sierra transcribe con frecuencia sus citas del venusino en latín. Y ello a pesar de la escasa enseñanza de esa lengua que recibió su generación.

Esta enseñanza es descrita por don Justo en una reveladora carta a Miguel de Unamuno:

Nadie nos enseñó el griego [...]. Nos enseñaron el latín. ¿Nos lo enseñaron? Nos enseñaron una gramática al margen de la cual corría para nosotros, con negruras de Aqueronte, un río compuesto de fragmentos de Fedro, Cornelio Nepote, Cicerón, Livio, Horacio, Virgilio y Quintiliano, sin que de ellos a través de la traducción literal y de los dolorosos enderezamientos del hipébaton pudiéramos percibir un solo relámpago de belleza. Esto era asesinar el latín... (14: 449).

Fue insuficiente la gramática latina que se le enseñó a Sierra, pero ello no le impidió adivinar —con la ayuda de las traducciones yuxtalíneas de Hachette, según anota en la misma carta a Unamuno— el esplendor de los versos y hasta de las estrofas latinas completas que cita en sus obras. En ellas prolifera la admiración hacia Virgilio, que es para Justo Sierra “el mayor poeta que ha producido la humanidad”, no menos que hacia Horacio, a quien él llama “el Píndaro latino”.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- MÉNDEZ PLANCARTE, GABRIEL. *Horacio en México*. México: UNAM, 1937.
- SIERRA MÉNDEZ, JUSTO. *Obras completas*. 14 vols. México: UNAM, 1948-49 (2a. ed., 1977; 3a. ed., 1984).